
CAPÍTULO VII.

El canto de la sirena.

Correspondía la biblioteca al lujo de la casa, tanto más, cuanto que en ella la biblioteca era un verdadero lujo; allí estaba archivada la sabiduría de los hombres en ricos volúmenes perfectamente encuadernados y vistosamente puestos en una estantería de nogal que llenaba las paredes de derecha á izquierda y de arriba abajo; pero estaba allí como encarcelada; rara vez se abrían aquellos estantes y nunca se abrían aquellos libros.

Dos grandes ventanas daban paso á la luz que recibían del jardín de la casa, donde al través del verde claro de las acacias y del verde oscuro de los castaños de las Indias, se veían como sombras blancas los contornos de

graciosas estatuas; la murta espesa y entretijada formaba una especie de zócalo, marcando los linderos de las calles, y levantándose de vez en cuando, trazaba arcos de trecho en trecho.

A pesar de los cristales que cerraban los huecos de las ventanas, penetraba de vez en cuando el suave murmullo que forman los suspiros de las hojas y los besos del viento unido al sollozar continuo con que el agua cae de la altura del surtidor al fondo del estanque, aunque el surtidor sea de bronce y el estanque de mármol.

Verdaderamente la biblioteca convidaba á leer y á meditar: á leer, porque los libros, aunque inmóviles en sus estantes, saltaban á los ojos, diciendo: «Lee, lee»; á meditar, porque aquellas calles, calles solitarias y rectas, que se cortaban formando cuadros; aquellas estatuas mudas, aquellos árboles macilentos, parecían sumergidos en una meditación profunda; y si, como es de suponer, ellos no pensaban en nada, incitaban á pensar en todo.

Las ventanas, iluminando la sabiduría del

hombre con la luz del cielo, esto es, uniendo la biblioteca con el jardín, parecía que habían querido unir como á dos amigos verdaderos el reposo del estudio y el sosiego de la naturaleza.

Mas sea de esto lo que quiera, ni Javier ni su secretario se mostraron dispuestos ni á leer ni á meditar; ántes, por el contrario, estimulados por el perfume del café que humeaba en elegantes tazas de rica porcelana, y animados por el aroma de un verdadero ron de la Jamaica, que brillaba en copas de cristal, más transparente que el agua destilada, se quitaban uno á otro la palabra, con ese ímpetu, con esa confianza, con esa franqueza, con ese abandono con que se tratan dos personas que han almorzado fuerte, cuando el ron empieza á calentar la sangre y el café á mover la lengua.

Miguel se sentía vencido por Javier, y no así como quiera, sino tres veces vencido.

Vencido por su opulenta familiaridad.

Vencido por su espada.

Vencido por su lengua.

Tres veces desarmado.

Desarmada su arrogante indiferencia.

Desarmada su mano.

Desarmado su corazon.

Ya no tenía para defenderse ni su pobreza, ni su espada, ni su amor, porque su pobreza estaba vencida ante aquella opulencia; su espada ante aquella espada, su amor de poeta ante aquel amor de hombre de mundo.

Sin embargo, se creia fuerte, mucho más fuerte que su amigo; mejor dicho, que su adversario: si no era rico, tampoco queria serlo; le agradaba aquel fausto, porque tenía el instinto de todas las grandezas, pero lo miraba sin deslumbrarse, y aún no habia empezado á deseirlo.

La familiaridad con que Javier lo trataba no valia más que la familiaridad con que él veia aquel fausto sin admiracion y sin envidia.

Viéndolos á los dos igualmente vestidos habria sido difícil acertar cuál de ellos era el dueño de la casa; pero si Javier se distinguia por la riqueza y correccion de su traje, Miguel se hacia notable por su desembarazo; y si podia decirse del primero que sabía ser

rico, no debia negársele al segundo la noble cualidad de saber ser pobre.

Es verdad que Miguel habia sentido cierto rubor inexplicable al verse servido por criados tan lujosos; es verdad que llevaba clavado en su corazon el remiendo que las alevosas manos de la señora Gertrúdis habian plantado en su camisa; es verdad, en fin, que habia reconocido la urgente necesidad de acudir á un sastre, de apelar á un peluquero y de surtirse, por lo ménos, de media docena de buenas camisas; mas esto no era más que por pura decencia, una mera exterioridad necesaria, absolutamente indispensable para sostener el rango de su nuevo empleo, pues ya sabemos que no habia hecho voto solemne de ser perpétuamente corrector de pruebas.

Por lo que hace á su mala fortuna en la sala de armas, sabía que la torpeza ó la debilidad de su brazo era hija de la necesidad de cubrir el funesto remiendo, pues estaba seguro de que era superior en fuerza y en destreza á su adversario, y no dudaba de que lo tenderia á sus piés al minuto de ponerse en

guardia; porque lo que Javier llamaba su estocada favorita, era un golpe ingenioso, pero muy expuesto, una vez conocido. Estaba fuera de las severas reglas de la esgrima y sorprendia al contrario, que no lo temia ni lo esperaba; mas una vez temido y esperado por una mano medianamente diestra, el agresor se encontraba perdido.

En resúmen, Miguel habia descubierto el pecho al boton de su enemigo por ocultarle el remiendo de la camisa, y Javier le habia descubierto el secreto de su estocada favorita por ocultarle que su brazo era ménos ágil y ménos fuerte; con una camisa nueva Miguel saldria victorioso. Estaba seguro de ello.

Por lo que hace á su *teoría* acerca de la mujer, no se daba tampoco por vencido, pues si la encantadora vecina no era.... y justo es decirlo, esto lo pensaba con tristeza..... la perfecta realidad de la mujer soñada, indudablemente sería otra; aunque le parecia imposible.

Tal era la situacion de su ánimo cuando Javier dijo:

—Es preciso que conozca V. el mundo. Usted tiene uno dentro de su cabeza, y no es ése el mundo en que vive.

—Y despues de todo, replicó Miguel, no hay más mundo que aquel que uno lleva dentro de sí mismo.

—Así viven los locos.

—¿Y los cuerdos cómo viven? preguntó con cierto aire de ironía.

—Ya lo irá V. viendo, contestó Javier; el mundo hay que tomarlo como es, puesto que no está en nuestra mano hacerlo de otro modo, y es una insigne locura oponerse á la corriente del tiempo en que se vive; los que salen de su época anticipándose ó retrasándose, éstos son los locos de todos los tiempos.

—De manera que el juicio consiste en seguir la locura dominante.

—En eso mismo.

—¿Y cuál es la locura dominante?

—¡Oh! la locura dominante es el oro.

—De forma que ser pobre es ser loco.

—Es peor..... ser pobre es ser desgraciado; no querer ser rico es ser tonto. Es muy grande el poder del oro. No sé lo que cues-

ta un negro cogido en Guinea y comprado en América, pero no me sería difícil averiguar lo que vale un blanco cogido en cualquier calle de Madrid. Yo hubiera querido ser Hércules en los tiempos fabulosos, Cid en la Edad Media; hoy quisiera ser Rostchild.

—Usted, por lo que veo, posee una fortuna respetable.

—No me quejo, mas créame V., el dinero no ocupa lugar.

—Pero la felicidad no es el dinero.

—La felicidad no es el dinero, la felicidad es tenerlo. ¡Ay amigo mio! *beato el que posee*. Sea V. rico, sea V. rico.

—¿Y para qué? preguntó Miguel con aire filosófico..... en el mundo no hay felicidad..... la vida no es más que una lucha.

—Cierto..... y como no es más que una lucha, es preciso pelear, y para pelear se necesitan armas, y no hay más armas que el dinero. Tiene V. una bella figura, un aire noble y distinguido; ¿por qué no hace V. un matrimonio ventajoso?

—Yo..... replicó Miguel..... no me vendería nunca.

—Pues yo, añadió Javier, sepa V. que ya estoy vendido. Es un matrimonio arreglado por las familias hace ya tiempo; ella es una mujer hermosa, pero además es millonaria.

—¡Ah! V. es rico, y no es lo mismo.

—Vamos á ver, exclamó Javier; si la mujer que V. ha soñado, si su Beatriz ó su Eloisa, ó su Isabel, ó su Atala, ó su Virginia fuese una opulenta heredera, ¿qué haría V.? Porque supongo que esa mujer misteriosa que V. ha visto entre sueños no le habrá dicho que es una infeliz costurera ó una pobre de San Bernardino; y de seguro V. allá en sus sueños no la habrá visto con el vestido roto ni los piés descalzos; ántes, por el contrario, su imaginacion la habrá adornado y vestido por lo ménos con perlas y encajes..... Contésteme V. ingenuamente, ¿qué haría V. en el caso que le propongo.

—No lo sé, contestó Miguel con voz poco segura.

—¿Serían ustedes ménos dichosos, volvió á preguntar Javier, si á la suprema felicidad de amarse eternamente unieran la fortuna de unos cuantos milloncejos? El amor siempre

es bello, no lo dudo, pero ha de ser más bello en un palacio que en una boardilla. No veo absolutamente inconveniente ninguno en que Eloisa sea rica, y por otra parte, sería una crueldad del amor con que V. sueña condenar á la mujer querida á perpétua pobreza.

Miguel se habia levantado y se paseaba de un extremo á otro de la biblioteca, mientras Javier fumaba negligentemente con una pierna echada sobre el brazo de la butaca y contemplando la azul espiral del humo que iba á perderse en el techo.

Otra vez el pensamiento de ambos vino á ser el mismo; los dos pensaban en Magdalena.

— Eso ya es distinto, contestó Miguel; si el oro no vale la pena de que un hombre sacrifique su corazón por adquirirlo, tampoco es cosa de renunciar á la felicidad de toda la vida, porque la mujer que nos prefiera entre todos los hombres sea rica..... Puede ser esto una dificultad, pero confieso que no es un obstáculo insuperable.

— ¡Una dificultad!..... ¿Por qué?

— Porque prescindiendo de ciertas escru-

pulosas delicadezas, que puede inspirar el orgullo del amor mismo, una mujer rica debe ser inaccesible á un hombre pobre, en razon á que sería codiciada por todos y habría que disputársela á la mitad del género humano.

— Mejor, exclamó Javier; el triunfo sería magnífico y la satisfaccion completa. Entonces sí que podría V. decir: Ésta es la mujer que he soñado; la mujer que todo me lo sacrifica, entregándome á la vez dos tesoros, el tesoro de su corazón y el tesoro de su fortuna.

El *ex-corrector de pruebas* no tuvo por lo visto nada que replicar, y siguió paseándose con aire distraido, mientras el hermano de la Marquesa prosiguió diciendo:

— Una pobre muchacha encerrada, por ejemplo, entre las cuatro paredes de un sota-banco, que pasa el dia cosiendo, que come mal y viste peor, es un corazón que se lleva el primero que pasa, con tal que tenga cierto aire de futuro marido, cosa que las mujeres conocen al instante. Supongamos que esta pobre muchacha es un prodigio de hermo-

sura; añada V. que tiene cierto aire aristocrático y distinguido; supóngale V. también cierto talento, cierta chispa; pues añada V. que el marido está enamorado de ella como un tonto, y hágame V. el favor de decirme qué suerte le espera al pobre enamorado. Francamente, si la mujer que hemos soñado ha de parecer una duquesa, vale más que lo sea.

—Eso, dijo Miguel, es indudable, pero.....

—¿Pero qué?..... preguntó Javier.

—Puede haber un caso.

—¿Conoce V. alguno?

—Yo..... precisamente no recuerdo ninguno; mas, ¿quién sabe.....

—Hablemos de otra cosa, porque esta conversacion lo entristece á V.

—A mí no, replicó Miguel, encogiéndose de hombros.

Javier se levantó diciendo:

—Quiero que vea V. y tome posesion de la pieza que le he destinado.

Y dirigiéndose á una puerta cerrada hasta entónces, y colocada en el extremo de la bi-

blioteca, opuesto á aquel por donde habian entrado, la abrió y dijo:

—Vea V., es un despacho apartado del ruido de la casa y de la calle, al que la biblioteca sirve de antesala y que se comunica con mis habitaciones por medio de esa puerta de escape que ve V. allí. Más adelante, añadió entrando seguido de Miguel, hay otra pieza con salida al jardín, y luégo sigue un precioso dormitorio y un cuarto de vestirse.

Pasaron de una habitación á otra, hallándolas Miguel perfectamente amuebladas, todas ellas con ventanas al jardín, lo mismo que la biblioteca.

—Esto no es suntuoso, añadió Javier, pero es cómodo y solitario. Yo hice arreglar estas habitaciones para mí, mas desde hoy pertenecen á mi secretario. Aquí en el escritorio tiene V. mis cartas y mis papeles, todos mis secretos. Comprendo que no quiera usted separarse de su familia..... tendrá V. madre, y las madres tiran mucho; pero aquí estaria V. independiente y viviríamos como dos amigos; más aún, como dos hermanos.

—No tengo familia ninguna, dijo Miguel; soy solo en el mundo.

—Yo tambien vivo solo con una docena de criados que vienen á ser los dueños de la casa.... No vacile V. más é instálese hoy mismo.

Miguel no se decidia, porque vacilaba; aquel hombre lo atraia, aquellas habitaciones, aquellos muebles, aquellos cristales y aquel jardin lo encantaban, pero echaba de ménos una cosa, precisamente una cosa que se encuentra en todas partes; echaba de ménos *una* vecina, y para hablar con toda exactitud, debo decir que echaba de ménos á la vecina. Javier tiraba de su voluntad, y Magdalena de su corazon.

La fortuna se le habia aparecido aquella mañana de un modo inesperado y de una manera loca; pero le imponia un cruel sacrificio, pues conocia que abandonar su cuarto era abandonar á Magdalena; y aunque habria jurado que no estaba enamorado de ella, habia adquirido la costumbre de verla todos los dias á la misma hora de ventana á ventana, y renunciar á verla era renunciar á las

miradas de aquellos ojos de un azul tan puro y á las sonrisas de aquella boca tan sonrosada, tan fresca y tan graciosa.

Vamos, era un apuro para el pobre muchacho, héroe de esta novela ó principal personaje de esta historia, como ya habrá adivinado el agudo lector.

Sin dejar de ser pobre, que era su tema, podia vivir como un príncipe, cosa extraordinaria que jamas hubiera imaginado; mas para entregarse á esta felicidad tenía que renunciar á otra, y no acertaba á decidirse.

Magdalena le habia hecho olvidar los cien mil duros que se llevó el viento. ¿Le hará ahora Javier olvidar á Magdalena?

Al tropezar con Javier habia caido como en un pozo del cual no sabía salir, y la verdad es que buscaba la mejor manera de salir del paso: llevar aquellos muebles, aquellas habitaciones, aquel palacio y aquel jardin á su cuarto cuarto, era imposible: traer á la vecina á cualquiera de las ventanas de la casa que daban al jardin, no era imposible, pero era peligroso, porque Javier, que no era ciego, veria en ella uno, y acaso el mejor,

de los cien mil ejemplares de su *bello ideal*, y ¡quién sabe!..... Magdalena parecia un ángel; pero Javier era un demonio..... un demonio simpático, atractivo y sobre todo opulento, y recordaba que un poeta inglés ha dicho: «Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Miguel no estaba enamorado de Magdalena, lo más lejos que habia de su pensamiento era que Javier pudiera ser su rival; pero discurriendo le gustaba llegar á las últimas consecuencias, y se acercaba á los celos, no arrastrado por la pasión, segun él mismo diria, sino conducido por la lógica.

Entre tanto no sabía qué hacer.

Su amigo lo dejaba discurrir á sus anchas. Habia salido por la puerta de escape, y habia vuelto trayendo en la mano la llave del escritorio, que puso en la cerradura, diciendo:

—Ahora es preciso que hagamos la presentación oficial.

Tiró de un cordon de seda de color de púrpura con grandes borlas que pendia de la pared junto al escritorio, y á los pocos ins-

tantes apareció un criado en el umbral de la puerta que daba á la biblioteca, sin atreverse á pasar adelante.

Javier lo vió y le dijo:

—Vengan ustedes todos.

Y el criado, inclinándose en señal de respeto y de obediencia, desapareció como habia aparecido, como una sombra.

Miguel no habia contestado aún á las últimas palabras del hermano de la Marquesa, y éste, dándoselas por concedidas, decia para sí: «El que calla, otorga..... ha caido en el lazo como un inocente.»

En esto se oyó un rumor ahogado que se acercaba lentamente, y eran las pisadas de los criados, que á compas se hundian en la alfombra de la biblioteca.

Cuando su amo los vió agrupados en la puerta, les dijo, señalando á Miguel:

—Este caballero es desde hoy mi amigo íntimo, que tiene la bondad de ser mi secretario, esto es, mi misma persona..... para él no debe haber secreto en esta casa, porque es aquí otro yo.